

Renata Velazquez Lorente

11 de febrero, 2020

¿Ahora entiendes?

—Emilia, por más que le doy vueltas y vueltas a este asunto no logro entender —dijo la teniente González, su rostro cargado de incertidumbre—. No encuentro el motivo para que hicieras algo tan horrible—. Emilia corrió con suerte porque los demás policías y oficiales no eran tan pacientes y mucho menos tan amables como lo era la teniente González. Pero Emilia estaba cansada de tanto interrogatorio, de tanto movimiento de un lado para otro y de tanta conmoción. En su mente no era para tanto.

—¡Con todo respeto teniente, ya he contado la historia un montón de veces! —respondió Emilia alzando la voz.

—Ya sé que lo has repetido muchas veces, pero estoy tratando de entender por qué lo hiciste. Y te advierto desde ahora que no va a ser la última vez, así que vete preparando psicológicamente para eso. El juez va a querer escucharlo todo de nuevo.

—¿El juez? Chica, ¿de qué tu estás hablando, si yo no le he hecho daño a nadie? Que no se te olvide que aquí la víctima soy yo. ¿Me oíste? —el fuego quemándole las venas.

—Primero cálmate, que te escucho perfectamente bien. Sólo cuéntamelo de nuevo, desde el principio.

Y así lo hizo Emilia. Le contó todo de nuevo, y desde el principio. Le contó que se casó con Ernesto hacía veinte años. Le contó que la persona más importante en su vida era su hija Gabriela de 14 años, y la única. Que vivía en un apartamento hermoso en Miramar con vistas a la 5ta Avenida, por donde pasaban los carros viejos que tanto les gustaban a los turistas. Que el apartamento en sí no era gran cosa hasta que ella lo convirtió en un ensueño y que, para eso tuvo

que trabajar, y trabajar bien duro. Limpiaba, lavaba, fregaba y hasta cocinaba para la vecina adinerada de al lado, quien le pagaba cinco dólares diarios por su duro trabajo. Y con esos cinco dólares diarios, Emilia compraba todo lo que hacía falta para la casa, compraba los materiales de construcción y les pagaba a los trabajadores.

Ernesto no hablaba mucho, pero ponía todo su empeño en disfrutar del duro trabajo de su mujer. Un hombre alto, casi calvo, y con un bigote que le tapaba la boca. Era piloto... bueno, piloto inactivo para ser más exactos, pues hacía mucho tiempo que no volaba ningún avión. Aun así, se reportaba a trabajar todos los días a la unidad militar donde fue asignado, todo satisfecho con su título y uniforme de piloto, aunque en realidad lo que hacía era remendar piezas viejas de helicópteros en desuso, porque el estado no tenía dinero para importar piezas de repuesto. Pero, aunque no hiciera mucho, sí que le encantaba enseñarles a sus amigotes militares su nueva cocina, con gabinetes de madera recién pintados y el olor del barniz todavía en el aire. Le encantaba que vieran el nuevo fregadero, ¡de esos que son dobles y bien escasos por allá!

—Y después vamos a arreglar el baño, ¿verdad, mi amor? —decía Ernesto jactándose de los nuevos cambios a su apartamento viejo.

La cocina fue la primera remodelación y Emilia no podía sentirse más satisfecha al entrar a su cocina todos los días, con su meseta recién azulejada, para preparar las tres comidas del día para Ernesto, su bebé, Gabriela, y con menos deseos para la vieja.

— La vieja es tu suegra, ¿verdad? —preguntó la teniente González.

—Sí, un poco insoportable la señora —respondió Emilia, molesta por la interrupción.

—¿Cómo se llevaban ustedes? ¿Tenían algún problema ustedes dos?

Y después siguieron una serie de preguntas sobre la vieja, tan gorda y arrugada que parecía bruja; que andaba con bastón a todos lados y que tenía una inmensa bola de cebo debajo de la piel en su mano, casi del tamaño de una pelota de golf.

—Nos llevamos lo mejor que podemos dadas las circunstancias. Yo he vivido con ella desde que me casé con Ernesto. Siempre me he hecho cargo de ella en lo que he podido: yo la acompaño al médico, la muy terca no quiere operarse la bola de cebo; yo le lavo y le plancho y le doy comida. ¡Imagínese!: una fanática católica de las pocas que quedan en este país, y jura por Dios que su hijito es un santo. ¡Si ella supiera! Bueno... ¿Qué digo? ¡Claro que sabe! Y bien contenta que debe estar ahora, porque déjeme decirle que yo nunca le caí bien. Para ella su hijito, el piloto, era demasiado bueno para mí, una palestina que ni siquiera fue a la escuela. ¡Pero bien que ha vivido a costilla de esta palestina por los últimos veinte años! —dijo Emilia con roña agazapada en sus entrañas.

—Ya veo —concluyó la teniente.

Pero Emilia sobrellevaba a la vieja. Sabía sus costumbres y malcriadeces. Sabía que el lunes la vieja hacía algunos mandados, el martes asistía religiosamente a la clase de Thai Chi en el círculo de abuelos, el miércoles dormía hasta tarde, el jueves visitaba a las amigas católicas y el viernes iba a ayudar a la iglesia.

Pero bueno, después de la cocina y de reunir suficiente dinero, lo cual le tomó casi un año, era hora de arreglar el baño.

—¡Mira Gabi! Compré los azulejos verdes, los que te gustaron. Vamos a tener un baño totalmente verde, ¡tu color preferido! —exclamó emocionada Emilia mientras le enseñaba los materiales de construcción a su angelito Gabriela. Pero la Gabi había heredado esta característica de su padre: pocas palabras. Así que solo sonrió tímidamente y abrazó a su mamá.

Comenzó la remodelación del baño y en unas dos semanas estaba terminado: su nuevo lavamanos de pedestal verde, sus azulejos verdes, su nueva cortina de baño verde. Emilia se sentía sobre las nubes cuando entraba al baño de sus sueños y a la vez, un poco consternada al ver todo lo que había ahorrado en once meses gastado en solo dos semanas. Pero valía la pena porque era para su esposo, para su hija, y con menos deseos, para la vieja.

Emilia ya quería pasar para la sala y comprar muebles nuevos, pero sabía que tenía que esperar a reunir dinero y eso le tomaría alrededor de otro año de trabajo. Por eso se molestó mucho cuando vio que su esposo estaba gastando mucho dinero en tarjetas prepagadas para su celular.

—Mijo, ¡sé un poco más considerado conmigo! ¡Por favor! —le tenía que gritar a veces.

Emilia no entendía qué tanto tenía que hablar por el celular y qué tanto mensaje se la pasaba escribiendo.

—Son cosas del trabajo —respondía él.

Pero Emilia no era tonta, y un día la curiosidad mató al gato y decidió comprobar lo que hacía buen tiempo sospechaba. He aquí lo que descubrió: el hombre de pocas palabras resultó tener palabras de sobra para otras personas, en especial para otra mujer.

—Uno piensa que conoce a las personas con la que vives, con la que has dormido cada día por veinte años, la que tuviste en tu vientre, que le diste la vida... y te salen con estos numeritos— su voz entrecortada y ya con lágrimas en los ojos.

Y es que por esos días la Gabi le dio otra sorpresa. La niña santa que se sacaba cien en todo, la que iba de la escuela para las clases particulares, la tímida, la que casi no hablaba nada padecía del mismo mal de su padre: palabras de sobra para la persona equivocada. Sí, resultó que la niña de 14 estaba noviando con un bandolero de 23 que pasaba todos los días por la secundaria (porque ni trabajaba, ni estudiaba, y le sobraba el tiempo) y ahí, en el medio de todos le daba unos

besos a la niña que parecía que se la tragaba. Este fue otro cubo de agua fría para Emilia, una humillación de las más grandes.

—¿Tú sabes lo que es que tu esposo esté de acuerdo con que un machango se esté aprovechando de la inocencia de tu única hija? ¿Tú entiendes eso? ¿Eh? ¿Lo puedes entender? — alterada a más no poder.

Ernesto no tardó mucho en distribuir los bienes. Decidió que Emilia se mudaría del apartamento, pero no la iba a dejar en la calle, él era muy bueno como para hacer eso. Le dio la oportunidad de vivir bien lejos en otro municipio, en otro apartamento, uno que no tenía cocina nueva, ni baño de azulejos verdes. No, esas comodidades las reservó para él y su nueva inquilina. Le dio bandera blanca al bandolerito al que tanto quería su hija, así que, como era de esperar, la niña se puso del lado de su papi, agradeciéndole por complacer su capricho del momento. ¡Que decepción la Gabi! Y Emilia, sin poder más que resignarse a la situación se mudó a su nuevo techo.

Pero Emilia no se quedó muy lejos de Ernesto, ni de la niña, pues continuó dando largos viajes para seguir trabajando en la casa de los vecinos adinerados, el lugar de donde sacó los fondos para su apartamento de ensueño que ahora disfrutaba la otra mujer.

—Usted no tiene ni idea de lo que es entrar a tu trabajo por la mañana y ver a la tipa esa disfrutando de todo mi sudor. Era una tortura psicológica que yo no podía aguantar. Mi esposo... me falló. Mi hija... la misma historia... No lo podía permitir, teniente. Simplemente no podía.

—Así que le prendiste fuego a todo. ¿No es así? —dijo la teniente, confirmando lo que ya sabía.

—Ese crimen ya lo confesé. Pero yo no le hice daño a nadie, teniente. Fue el martes pasado. Ernesto estaba trabajando y la mujer también; ellos trabajan juntos en la unidad militar. Y la niña estaba en la escuela.

Después de una pausa la teniente abrió la boca como para decir algo, pero Emilia la interrumpió sin darle tiempo a emitir sonido.

—Si es por los vecinos de abajo, esa casa está vacía; el muchacho está preso y la tiene cerrada hace quién sabe cuánto; así que a él tampoco le afectó mucho el incendio. Yo quemé lo que era mío, teniente. Todo lo que había dentro... todo. Yo no podía permitir que una partida de malagradecidos lo disfrutara todo. Porque eso es lo que son, unos malagradecidos. Sí, yo le prendí fuego al apartamento, pero a nadie le hice daño. Yo solo destruí lo que por ley era mío. Nada más.

—¿Y la vieja?

—¿Qué? —replicó Emilia sin comprender a qué se debía la pregunta. A veces se le olvidaba que la vieja existía, pues ahora tenía problemas mucho más importantes.

—¿Y la vieja? ¿Querías hacerle daño a la vieja?

—¡No, teniente! Se lo juro. Por más que me hubiera odiado y criticado esa señora durante tantos años, yo no le deseo nada malo. Ahora debe estar contenta de saber que estoy aquí en este hueco. Pero le aseguro que yo no soy igual que ella.

La teniente estaba cada vez más perturbada, confundida y cansada de darle vueltas al asunto sin encontrar la solución. No lograba entender como una mujer con una voz tan dulce y unos ojos tan sinceros, una mujer tan trabajadora, que había hecho tanto por su familia, podía ser capaz de hacer algo tan horrible.

—Es que —movía su cabeza de lado a lado— todavía hay algo que no logro entender.

Esto solo logró mortificar más a Emilia.

—Chica, pero ¿qué es lo que tú no entiendes? ¡Porque yo más claro no puedo hablar! ¿Tú no acabas de oír toda la porquería que me ha pasado a mí?

—¡Hey! Fíjate, ¡no te me alteres, que yo también sé perder la paciencia! —respiró profundo—. A ver, esto es lo que entiendo y corrígeme si digo algo mal: Ernesto y su mujer estaban para el trabajo y tu hija estaba en la escuela. El vecino de abajo está preso —González contaba a las personas que mencionaba con los dedos de su mano derecha, empezando por el índice hasta llegar al meñique—. ¿Voy bien?

—Sí —respondió Emilia con el cansancio deletreado en su frente, volteando los ojos hacia arriba y pensando que era ella la que no entendía el porqué de tanto interrogatorio si ya había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Y la vieja? —preguntó de nuevo la teniente con el puño cerrado excepto por el pulgar levantado.

—¡Era martes, teniente! La vieja se levanta temprano los martes y va a la clase de Thai Chi.

—¿Tú la viste salir esa mañana? —preguntó González.

—Yo no la vi, pero ella no se pierde esa clase por nada del mundo. A no ser que esté lloviendo y ese no era el caso.

La teniente se recostó en su asiento por fin.

—Ya entiendo... Ya entiendo todo Emilia —dijo González con un rostro preocupado—. Muchas gracias por tu colaboración.

—No, no, no. Soy yo la que no entiende ahora. Ahora, usted me va a decir qué fue lo que le tardó tanto tiempo entender.

—¡Ay, Emilia! Créeme que no lo quieres saber. Pero de todas formas te vas a enterar, así que mejor te digo.

—Dispara.

—Emilia... la vieja no fue al Thai Chi ese martes.

Emilia recordó las llamas y el humo que salían de las ventanas del apartamento. Su rostro se volvió solemne. Quedó despojada de todo orgullo, se llenó de tristeza y reaparecieron esas pesadas lágrimas en sus ojos.

—Entiendo —fue todo lo que se alcanzó a escuchar.